

María Isabel Mordojovich

ISABEL



HIJA DEL VIENTO

Teatro



EDITORIAL
**El Español de
Shakespeare**



MARÍA ISABEL MORDOJOVICH

Isabel Hija del viento

TEATRO



EDITORIAL
El Español de
Shakespeare

862 CH .

Teatro chileno.

Páginas: 106.

Tamaño 14 cm. ancho, 21 cm. alto.

© Copyright.

Primera edición: Editorial El Español de Shakespeare.

Santiago de Chile, julio 2022.

Registro de Propiedad Intelectual N° 2022-A-5818.

ISBN: 978-956-9385-33-9.

Edición Literaria: Iván Quezada.

Foto de portada: la autora María Isabel Mordojovich en la Patagonia.

Diseño de tapa: Walid Ben Medjedel.

Rediseño y diagramación: Freddy Cáceres O.

Son citados en la obra:

Documental *El Juez y el General*, de Elizabeth Farnsworth (Estados Unidos) y Patricio Lanfranco (Chile), 2008. West Wide Productions.

Libro *Un grito por la vida. Memorias de Chil Rachjman*. Ediciones Banda Oriental, Uruguay, 1997.

Derechos Reservados.

Isabel Hija del viento

TEATRO



A Patrick.

*A Mario Labrín, mi
hermano de viento.*

*A Felipe De La Parra Vial,
con todo mi agradecimiento
por haberme incitado a
escribir esta obra.*



Matrioshka fractal

Prólogo

Sentado en mi butaca imaginaria, a miles de kilómetros, se abre el telón y se enciende el escenario. La vida comienza una y otra vez, a pesar de las muertes y sus lados más oscuros.

Leo en voz alta, vivo, a *Isabel / Hija del viento*. Comienza la función.

El teatro es un espacio mágico, compuesto de mundos creados por dramaturgos, actores, actrices, directores, escenógrafos, iluminadores, vestuaristas y maquilladoras. Sin embargo, le creemos. Soñamos, reímos y se nos parte el alma.

El viejo actor Roberto Parada, fundador del teatro universitario en Chile, me develaba que la única regla que existía en el teatro era la del espectador. El público sabía cuándo una puesta en escena tenía la convicción de la verdad. En eso la audiencia no se equivocaba, me decía.

Isabel / Hija del viento es hija de ese teatro. Se aparece una y otra vez con el hacer de la palabra bien dicha. Vuelve a sus raíces. No necesita ningún efecto especial. Isabel lleva los mismos letreros de Bertolt Brecht en el *Volksbühne*, convencida de que el auditorio se hará preguntas durante la escena.

De repente, sus personajes renuncian a ser personajes para ser personas, a tal punto que los actores son las mismas personas

que dicen representar. Uno duda, si son inventados o están vivos, aunque el obituario diga lo contrario.

Isabel / Hija del viento vuela en una espiral. El *tempo* de la obra no tiene brújula.

Adentrando en los momentos de Isabel, poco a poco me fui dando cuenta de que siempre estaban los cielos cubiertos y el espacio sucedía en la Patagonia de su alma. Que se nublaba como se nublaba en las películas de Bergman. Que un hilo roto por varias veces se iba anudando apenas avanzaba la obra, de la dictadura a la dictadura. Era el mismo réquiem de los trenes que partían con los judíos al infierno de los campos de concentración. Que el Juez interpelaba a la vida y acusaba al Dictador. Y, a pesar de todo, todo partía con una declaración de amor y la poesía izaba su bandera libertaria para no olvidar al hombre.

Anteriormente, había leído la obra teatral de Mario Paul Ahues Blanchait y María Isabel Mordojovich, *Los cuervos de Piedras Blancas*, adaptada de su novela *Piedras Blancas*, publicada bajo el nombre de autora de María London. Un relato teatral directo, brutal, donde la tortura en los inicios de la dictadura chilena no conocía límites, en voces de protagonistas reales. Una obra que retrataba el estadio más oscuro de la historia chilena. ¿Por qué relataba estos hechos?

Le confesé que necesitaba que me ayudara a encontrar la pieza que me faltaba para explicar el arrojo de su verdad, más aún, si ella no venía del mundo militante de los Sesenta y Setenta, por su origen en la academia matemática y en la ingeniería.

Y me respondió con *Isabel / Hija del viento*.

Una cadena de vida, autobiográfica, deconstruida. Una historia contada en primera voz. Un testimonio del frío y de la humanidad. Una obra que habla de una migrante atrapada en su destino. Donde Punta Arenas tenía domicilio en Grenoble. Donde se acababa el mundo y se iniciaba el mundo.

Desde que conocí a María Isabel Mordojovich fue una *Matrioshka*. Cada vez que conversábamos descubría a una nueva muñeca rusa, una tras otra. Siempre había una dentro de otra. Y en la próxima vez era judía. Siempre supe que era chilena tantas veces como era francesa. Una y otra vez y seguía siendo la misma.

Su obra —*Isabel / Hija del viento*— es una *Matrioshka* fractal. Infinita.

*Cuando se acabó el día / tú escondiste la noche / cuando
de noche / no volviste / viniste de papel / cuando olvidé tu
rostro / apareciste en todas partes / eras un río en celo / eras
la ciudad / de arriba del cerro / eras el meridiano / del fin
del mundo / el norte de más al norte.*

*Felipe De La Parra Vial
Ñuñoa, Santiago de Chile.*



Isabel
Hija del Viento



Los personajes

(por orden de aparición)

Isabel, reside en Grenoble, casada con Patrick;

Isabel joven, chilena, veinticinco años;

Patrick joven, francés, veinticinco años;

Alain, francés, veinticinco años;

Julio, cantante chileno, veinticinco años;

Alejandro, cantante chileno, veinticinco años;

Mujer del protocolo;

Rodrigo, chileno conocido durante una marcha;

Patrick, francés, casado con Isabel;

Mario, exiliado de la Patagonia, poeta;

Raúl, uruguayo amigo de Mario;

Blanca, exiliada chilena, originaria de San Antonio, amiga de Isabel;

Victimario;

Niña, víctima de 15 años;

Voz off de Chil Rajchman, con acento polonés o yiddish;

Lector (o voces off), para las diversas voces del documental *El Juez y el General*.



Itinerario de la obra

Preámbulo para un poeta

Acto I

- Escena 1 — Patrick
- Escena 2 — Despedida
- Escena 3 — Grenoble
- Escena 4 — Coloane
- Escena 5 — Hermano de Viento

Acto II

- Escena 6 — Un pedido sorprendente
- Escena 7 — Treblinka
- Escena 8 — El tiempo pasa
- Escena 9 — Escrituras

Acto III

- Escena 10 — El Juez y el General
- Escena 11 — El despertar de los cuervos
- Escena 12 — Falta algo
- Escena 13 — Piedras Blancas



Preámbulo para un poeta

Isabel joven, Isabel.

*Música que evoque el viento austral,
por ejemplo, la contenida entre el segundo 75 y el segundo 90 de
la Apertura del Canto a Magallanes.*

Isabel joven — ¿Soy?

Isabel — ¿Quién soy?

Isabel joven — Emigrar / integrarse / desintegrarse

Isabel joven — Nací en la mitad del siglo pasado

Isabel — Renací con la escritura / medio siglo después / en
Francia / leyendo a Francisco Coloane

Isabel joven — Mitos de mi tierra natal / Seres olvidados /
ignorados / exterminados

Isabel — Dolor infinito

Isabel joven — Mis hermanos invisibles

Isabel — Tierra indómita / Mar indómito

Isabel joven — Viento vital

Isabel — Escritura indómita / Tierra natal renacida en otra
dimensión / Literatura / Vivo en esa otra dimensión / Mi
alma vive entre las líneas / de escritos que me hacen vibrar /
Soy partera de libros / De los míos / y de los de mis hermanos
/ Sin ninguna distinción / Y sin pretensión / Soy puente entre
dos idiomas / Puente invisible entre dos países / Puente sus-
pendido y frágil entre historias y memorias

Isabel joven — *Pogroms* / Emigraciones / Genocidios / Pata-
gonia / Iquique / El Paraíso / Dictadura / Grenoble / Familia
/ Exilios

Isabel — Tejedora de memorias / Zurcidora de heridas /
propias y ajenas / Justiciera con palabras / Carmen y Piedras
Blancas / Hormiga laboriosa y humilde / Hermana de la Luna
/ Soy todo y soy nada

Isabel joven — Ignoro cuál es mi nombre

Isabel — Tengo muchos

Isabel joven — Y ninguno me contiene

Isabel e Isabel joven al unísono — Soy una *matrioshka* fractal.

Sonido del viento austral.
La escena se oscurece lentamente.



ACTO I



Escena 1 — Patrick

Isabel, Isabel joven, Patrick joven.

MOSTRAR:
Noviembre 1975, en Santiago: Patrick

*Proyectores sobre Isabel en el primer plano,
a la derecha del espectador.*

Isabel — *(Al público.)* A fines de los años Sesenta, todos los jóvenes queríamos cambiar el mundo. Muchos a través de la militancia política y otros, como yo, desde el interior del ser humano. La búsqueda de absoluto no está exenta de peligros. Yo salía de una larga travesía del desierto cuando conocí a *Patrick* (pronuncia con acento en la «i», a la usanza francesa).

Isabel sale. La escena se oscurece lentamente.

Proyectores sobre Patrick joven e Isabel joven, sentados en un café. Él fuma su pipa, está vestido con unos jeans pata de elefante, una chaqueta en jeans, el pelo casi le llega a los hombros. Ella fuma un cigarrillo. Patrick tiene un marcado acento francés durante toda la obra.

Isabel joven — *(Divertida.)* Primera vez que me invitas.

Patrick joven — *(Nervioso.)* Es que tengo que decirte algo.

Isabel joven — (*Divertida.*) ¿Y no podías decírmelo en Beaucheff? Hace meses que trabajamos juntos varias horas por día.

Patrick joven — (*Decidido.*) Sí, pero no quería decírtelo en la Escuela.

Isabel joven — (*Divertida.*) También me acompañas todos los días a mi casa en tu Renoleta.

Patrick joven — Sí, claro. Pero no es fácil hablar conduciendo.

Isabel joven — (*Riéndose de él.*) Siempre hablas conduciendo. Hasta lees el diario *Le Monde* después de ir a buscarlo al Consulado, haciendo zigzags entre las micros de Providencia y fumando tu pipa.

Patrick joven — Pero es algo importante.

Isabel joven — (*Riéndose de él.*) Debe ser realmente importante.

Patrick joven — Sí.

Isabel joven — ¿Y qué tienes que decirme?

Patrick joven — Soy francés.

Isabel joven — (*Muerta de la risa.*) Eso no es un misterio para nadie.

Patrick joven — Soy francés y voy a regresar a Francia en unos meses.

Isabel joven — ¿Y entonces?

Patrick joven — Me espera un trabajo de investigador en Grenoble.

Isabel joven — ¡Qué bueno!

Patrick joven — No deseo vivir en Chile, mi carrera me espera allá.

Isabel joven — ¿Y entonces?

Patrick joven — *Je t'aime*, Isabel. Te amo.

Isabel joven — (*Sonriéndole.*) ¡Ah! (*Al público, riendo.*) ¡Puchas que le costó decirlo!

Patrick joven — Pero hay un problema.

Isabel joven — (*Con dulzura.*) ¿Cuál?

Patrick joven — Si aceptas casarte conmigo, vas a tener que dejar a tu familia, tu país y seguirme.

Isabel joven — (*Sonriendo.*) ¡Ah!

Patrick joven —Y la vida allá no será nada fácil para ti. Vas a tener que trabajar, nadie te va ayudar. Todo será mucho más difícil para ti.

Isabel joven — (*Sonriéndole.*) ¡Ah!

Patrick joven — ¿Quieres ser mi esposa?

La escena se oscurece bruscamente.

Isabel reaparece en el mismo lugar que al inicio de la escena.

Proyectores sobre Isabel.

Isabel — (*Al público.*) Le dije que sí. Fue en un café de lo que en ese tiempo era la plaza Italia, hoy plaza Dignidad. (*Pausa de unos segundos, cambio de tono.*) A partir de ese día, y gracias a *Patrick*, entendí mejor lo que estaba sucediendo en mi pobre país. Supe de estudiantes que después del Golpe no volvieron a la Escuela. Algunos estaban desaparecidos, otros habían sido expulsados y otros estaban amenazados de muerte. Con *Patrick* conocí a artistas que desafiaban el estado de sitio con una guitarra, o con sus quenás y zampoñas en las nuevas peñas

que poco a poco iban abriendo. En esos días, la presencia de franceses en las peñas tranquilizaba a los presentes. Los servicios secretos de la dictadura evitaban actuar ante testigos extranjeros. Íbamos a las peñas con gran placer, pero también porque era importante hacerlo. Había días en que la asistencia se reducía a una pareja de amigos y a nosotros. Una de esas peñas, *La Fragua*, funcionó un tiempo en el segundo piso de la Casa Colorada, lugar emblemático de la historia de Chile.

La escena se oscurece lentamente.



Escena 2 — Despedida

Isabel, Alain, Patrick joven, Julio, Isabel joven, Alejandro, invitados, músicos.

MOSTRAR:

Fines de julio 1976 en Santiago: Despedida

Isabel reaparece en el mismo lugar que al final de la escena precedente. Proyectores sobre Isabel.

Isabel — *(Al público.)* Alejandro, el director de la peña *La Fragua*, era amigo nuestro y nos propuso celebrar nuestra despedida en el local de la Casa Colorada, aprovechando un día de cierre.

Los proyectores sobre Isabel se oscurecen lentamente.

Proyectores sobre una sala equipada de pequeñas mesas y sillas. Hay vasos sobre las mesas. Una zona, a la izquierda de los espectadores, es el escenario reservado para los artistas. Se oye música instrumental andina, que los músicos repiten sin cantar. Patrick joven fuma pipa y conversa con Julio, que está con su guitarra. Isabel joven habla con alguien de la sala.

Alain — *(Entra agitado. A Patrick joven y a Julio, respirando fuerte, angustiado, con acento francés.)* ¡Patrick! ¡Julio! ¡Detuvieron a Alejandro!

Patrick joven — *(Nervioso. Casi gritando.)* ¿Qué? ¿Dónde?
¿Qué pasó?

Julio — ¿Qué pasó?

Isabel joven los mira y escucha.

Alain — *(A Patrick y a Julio.)* Anoche.

Isabel joven — *(Acercándose a los tres.)* ¿Qué pasó anoche?

Alain — Detuvieron a Alejandro en la Universidad Técnica.

Isabel joven — *(Compungida.)* ¡Nooo!

Se quedan mirando, paralizados, durante unos segundos interminables. De pronto, Alejandro aparece ataviado con un poncho de Castilla negro y con una guitarra en sus manos.

Patrick joven — *(Es el primero en verlo entrar, exclama aliviado.)*
¡Alejandro!

Alain — *(A Alejandro.)* ¡Te soltaron!

Julio — *(Al mismo tiempo, a Alejandro.)* ¡Te soltaron!

Isabel joven — *(Dándole un gran abrazo a Alejandro, pasa*

de las lágrimas de angustia a lágrimas de alegría.) ¡Qué susto, Alejandro! ¡Qué susto!

Alejandro — *(A los cuatro.)* No pasa nada. No pasa nada. Hagamos la fiesta, abramos las puertas.

Ajetreo de gente que llega. Patrick e Isabel saludan a los invitados, la gente se sienta y sirven vino tinto. Julio se sienta en una silla de la zona reservada a los artistas.

Isabel joven — *(A Julio.)* Gracias, Julio. Gracias por estar con nosotros.

Julio canta Canción con todos. Alejandro se une al canto y todos cantan. El público aplaude. Alejandro se pone de pie.

Alejandro — *(A los invitados.)* Bienvenidos a nuestra peña. La Fragua está abierta de manera excepcional este día domingo para despedir a nuestros queridos amigos Patrick e Isabel. La hacemos por ellos y también para agradecer a Alain y a todos los amigos franceses, cuya presencia nos acompaña con coraje. De manera fiel y constante, en estos tiempos difíciles.

Un momento de silencio, la gente se mira, muchos están conscientes de los riesgos que corren los folcloristas.

Alejandro — Y ahora, voy a cantar para Isabel, que deja su tierra para irse a vivir Francia con Patrick, la canción *Pa'l que se va*, de Alfredo Zitarrosa (*Toma su guitarra y canta.*) «No te olvidés del pago / Si te vas pa' la ciudad / Cuanti más lejos te vayas / Más te tenés que acordar / Ciertamente que hay muchas cosas / Que se pueden olvidar / Pero algunas son olvidos / Y otras son cosas nomás / No echés en la maleta / Lo que no vayás a usar / Son más largos los caminos / Pa'l que va cargao' de más / Y si sentís tristeza / Cuando mires para atrás / No te olvides que el camino / Es pa'l que viene y pa'l que va».

La escena se oscurece lentamente.

Luz cenital sobre Isabel, que reaparece en el primer plano.

Isabel — (*Al público.*) Es cierto que liberaron a Alejandro ese domingo, pero también es cierto que lo volvieron a detener pocos días después. La segunda vez la detención duró meses y nadie sabía si vivía, ni dónde se encontraba. La angustia de no tener noticias tuyas se sumó a la gran tristeza de partir. Días después nos subimos a un avión, dejando la vida en Chile ser parte de nuestro pasado.

La escena se oscurece lentamente.

Escena 3 — Grenoble

Mujer del protocolo, Rodrigo, Patrick, Isabel. Figurantes.

MOSTRAR:

11 de septiembre de 2002:

Ceremonia conmemorativa en la ciudad de Grenoble

En una calle. Un muro con una placa en homenaje a Salvador Allende. De un lado de la placa un asta con una bandera chilena y del otro, otra asta con una bandera francesa. Unos hombres están vestidos de terno y corbata. El alcalde se distingue gracias a un echarpe tricolor. Un exilado está las autoridades. Sobre una mesa hay tres arreglos florales. El público está compuesto de gente diversa, entre ellos, se distingue un personaje que lleva una gran asta con una bandera del Che Guevara que sobrepasa al público por varias cabezas. Otro personaje lleva una boina negra, es Mario. Patrick e Isabel escuchan y observan la ceremonia, algo alejados del resto de la gente.

Mujer del protocolo — Et maintenant une minute de silence pour Salvador Allende et pour toutes les victimes du coup d'État au Chili de 1973.¹

¹ Y ahora, un minuto de silencio por Salvador Allende y por todas las víctimas del golpe de Estado en Chile de 1973.

Mujer del protocolo — Dépôt des gerbes: Gerbe florale de l'Association d'amitié franco-chilienne.²

El exiliado chileno que estaba con las autoridades, toma una ofrenda floral sobre la mesa y la deposita al pie de la placa conmemorativa.

Mujer del protocolo — Gerbe florale de l'Association ACIP-ASADO.³

El de la bandera del Che Guevara toma una ofrenda floral sobre la mesa y la deposita al pie de la placa conmemorativa.

Mujer del protocolo — Gerbe florale de la Ville de Grenoble et du Conseil Général de l'Isère.⁴

El alcalde toma la última ofrenda floral sobre la mesa y la deposita al pie de la placa conmemorativa. Himno nacional chileno, seguido de la Marsellesa.

Mujer del protocolo — Vous êtes tous invités au pot de l'amitié.⁵

La mayoría de los presentes empieza a salir, dirigiéndose

2 Arreglo floral de la Asociación de amistad franco-chilena.

3 Arreglo floral de la Asociación ACIP-ASADO.

4 Arreglo floral de la ciudad de Grenoble y del Concejo general del Isère.

5 Están todos invitados al cóctel de la amistad.

hacia el lugar del aperitivo. Isabel y Patrick los observan alejarse. Rodrigo se acerca a ellos.

Rodrigo — ¡Hola, tú eres la chilena que estaba en la marcha contra Le Pen!

Isabel — Sí, la misma, eres buen fisonomista.

Rodrigo — ¿Cuál es tu nombre?

Isabel — Isabel. ¿Y el tuyo?

Rodrigo — Rodrigo. ¿Vienes al aperitivo, cierto?

Isabel — ¡Nooo! Eso no es para mí.

Rodrigo — Pero ¿por qué dices eso?

Isabel — Si yo no soy exiliada, ni nada.

Rodrigo — No importa, si estás acá, es porque compartes nuestras ideas.

Isabel — Sí claro, pero no me gusta que me miren raro.

Rodrigo — ¿Por qué te van a mirar raro?

Isabel — En 1976, cuando llegué a Francia, los exiliados me dieron a entender que no querían saber de nosotros.

Rodrigo — ¿Qué me estás diciendo?

Isabel — Lo primero que hicimos al llegar a Grenoble con *Patrick*, fue ir a los encuentros de los exiliados en apoyo a Chile. (*Con un gesto mirando a Patrick y volviendo a mirar a Rodrigo.*) *Patrick* es mi marido, él es francés.

Rodrigo — Encantado, Patrick.

Patrick — ¡Hola!

Rodrigo — ¿Y qué pasó?

Isabel — No quisieron escuchar las informaciones que les traíamos.

Rodrigo — ¿Por qué?

Isabel — Desconfiaban mucho. Parece que en esa época había espías de la dictadura por todas partes.

Rodrigo — ¿Y volviste a intentarlo?

Isabel — ¿Para qué? Para nosotros fue muy triste ser recibi-

dos así. Para *Patrick* fue una gran decepción, no se merecía eso. Al mismo tiempo, es normal. La gente tenía miedo.

Rodrigo — ¡Pero eso cambió hace mucho tiempo! ¡Vengan!

Isabel — Igual me van a mirar raro si aparezco ahora. Hace veinticinco años que vivimos en Grenoble y no conozco a nadie entre los exiliados. Y nadie me conoce.

Rodrigo — No se preocupen, vengan a saludar.

Isabel — Leí en el diario que entre los exiliados hay un escritor de la Patagonia.

Rodrigo — Sí. Es Mario Labrín, un poeta. El anda por acá.

Isabel — (*Tentada.*) Me muero de ganas de conocerlo: yo también escribo y también soy de la Patagonia.

Rodrigo — Vengan conmigo.

Patrick — (*A Rodrigo.*) Gracias, pero prefiero no ir al aperitivo. (*A Isabel.*) Anda sola. Te paso a buscar más tarde.

Isabel sigue a Rodrigo. Patrick se queda solo.

La escena se oscurece.



Escena 4 — Coloane

Rodrigo, Mario, Isabel.

*La gente está en una sala tomando un aperitivo.
Rodrigo entra con Isabel y busca a Mario hasta encontrarlo.*

Rodrigo — *(A Mario.)* Hola Mario. Te estaba buscando para presentarte Isabel, es de la Patagonia y escribe.

Mario — ¡Excelente! ¡Increíble! ¡Encantado!

Isabel — ¡Encantada!

Mario — *(Pasándole una copa.)* ¡Un brindis por la Patagonia!

Isabel — *(Aceptando la copa.)* ¡Y por la escritura!

Mario — ¡Y por el viento austral!

Isabel — *(Agradablemente sorprendida.)* ¿Tú también añoras el viento?

Mario — ¡Y cómo! Cuando el viento sopla uno lo detesta, pero cuando se está lejos uno lo añora.

Isabel — ¿De qué parte de la Patagonia vienes?

Mario — De Río Tranquilo. ¿Y tú?

Isabel — De Punta Arenas. *(Pausa.)*

Mario — *(Repitiendo. Con una sonrisa.)* De Punta Arenas.

Isabel — *(Nostálgica.)* Sí, de Punta Arenas... *(Pausa.)* Estamos de luto, Mario.

Mario — ¡Sííí! Murió Francisco Coloane, el más grande escritor de la Patagonia.

Isabel — Me puse a escribir después de redescubrir la Patagonia. Eso fue cuando lo publicaron en Francia. ¡Hablaba de mi tierra natal, escribía de mi Patagonia!

Mario — *(Solemne.)* Tierra mítica. Seres míticos.

Isabel — *(Solemne, grave.)* En 1880, antes de la llegada de los primeros ganaderos, en Tierra del Fuego había unos dos mil *selk'nams*. En 1910, no quedaban más de cien y hace tiempo ya que no queda ninguno, Mario.

Se escucha el canto selk'nam de Lola Kiepja. Proyectar una foto de Lola Kiepja o de otros selk'nams.

Isabel — (*Solemne, grave.*) Le bastaron treinta años de bestialidad al hombre «civilizado», para extinguir a un pueblo que había logrado sobrevivir durante miles de años en las condiciones más extremas del planeta. A una libra esterlina pagaban la oreja de *selk'nam*. ¡Así fueron ganando hectáreas, criando ovejas y haciendo fortuna!

Mario — (*Solemne, grave.*) Un crimen sin nombre. Un genocidio ignorado. Una tragedia.

Isabel — (*Con un tono menos grave.*) Con Coloane, descubrí la escritura y también el otro lado de la historia.

Mario — Yo lo conocí.

Isabel — ¡Yo también! Cuando mi libro salió publicado en Chile, quise ir a verlo y regalarle mi libro.

Mario — ¿Y lo lograste?

Isabel — Ya no recibía a nadie, pero hizo una excepción porque la «señora», es decir «yo», venía de Francia.

Mario — ¡Te recibió!

Isabel — ¡Sííí! ¡Y le leí un texto de mi libro!: «He llegado a Punta Arenas. ¡Tierra de los amores de mis bisabuelos, de mis

abuelos, de mis padres, de mi hermana mayor y de un dulce recuerdo de mis veinte años! (*Inspirando profundamente.*) Me gusta respirar tu aire, sentir tu fuerza y energía, ciudad del confín del mundo donde dicen que es más fácil llegar que partir. ¡Cuánto me ha costado llegar esta vez hasta ti, mi bella ciudad natal! Los rayos de sol de las diez y media de la noche —¿de dónde viene el sol en estas tierras?— pintan de dorado las minúsculas piedrecillas de la playa y hacen brillar la espuma de las pequeñas olas que las vienen a acariciar. Amo las piedrecillas del Estrecho, con el amor de la niña de cinco años que jugaba en este lugar».

Mario — ¡Guau! ¿Y qué dijo?

Isabel —Exclamó: «¡eso es poesía!». ¡Y me dio un beso!

Mario — ¡Guau!

Isabel — ¡Brindemos por Francisco Coloane!

Mario — ¡Y por la escritura! Te espero en mi casa con tu libro.

La escena se oscurece lentamente.

Escena 5 — Hermano de Viento

Mario, Isabel.

Es la casa de Mario. Hay una gran mesa rústica de madera con varias sillas en torno a ella. Diversos objetos típicos chilenos decoran los muros y los muebles. Mario está escribiendo en un cuaderno. Alguien toca la campanilla de la entrada.

Mario — *(Abriendo la puerta.)* ¡Isabel!

Isabel — ¡Hola Mario!

Mario — ¡Bienvenida a la casa de la escritura!

Isabel — *(Entrando, mirando la decoración.)* ¡Me parece estar en Chile! *(Entregándole un libro.)* Para ti, Mario.

Mario — *(Toma el libro y lo mira.)* EL HILO DEL MEDIO, de María London. *(Sorprendido.)* ¿María London?

Isabel — *(Levantando los hombros, como quien pide disculpas.)*
Un nombre de escritora inspirado en la historia de mi familia...

Mario — ¡Gracias, María London! *(Camina hasta una repisa, toma un libro y se lo da a Isabel.)* Te regalo mi libro.

Isabel — Gracias Mario. (*Lee el título.*) Des mots sans lendemain... (*Lo abre y lee.*) «Je me souviens de mon village / Des enfants sans souliers / Des gelées matinales / qui faisaient saigner les pieds». ¡Pero está en francés, Mario! ¿Lo tienes en castellano?

Mario — En Francia escribo en francés.

Isabel — Yo escribo todo en los dos idiomas. Escribo en uno y traduzco al otro. Ya traduje el libro que te acabo de pasar. Voy a tratar de publicarlo en Francia con el mismo título traducido al francés: LE FIL DU MILIEU.

Mario — Yo no. No me gusta traducir.

Isabel — (*Traduciendo el título de un poema del libro de Mario.*) Recuerdos chilenos (*Leyendo y traduciendo los versos.*) Me acuerdo de mi pueblo / de los niños descalzos / de las heladas matinales / que hacían sangrar los pies.

Mario — (*Recitando de memoria.*) Me acuerdo de mi escuela / De las hojas cosidas para hacer cuadernos / de los libros marchitos con sus sílabas cansadas / del aceite de bacalao amargo como la vida / de los niños desmayados / de los estómagos hambrientos.

Isabel — ¡Ay, Mario! Yo nunca conocí la pobreza.

Mario — (*Recitando de memoria.*) Me acuerdo de una despedida / de los regresos / de los amigos lejanos / de un viejo señor hablando de «libertad» / Me acuerdo del odio / de los muertos / de los ojos ciegos / de la noche torturada / de la gente que arrancaba / de las guitarras destripadas / de los poemas y de los cantos inconclusos / De las manos cortadas / de las nubes y del frío / aunque fuese verano / De los jóvenes y de los libros quemados. (*Pausa corta.*) / Me acuerdo / fui testigo / lo viví / Me acuerdo, me acordaré / mientras el océano siga haciendo olas / mientras la luna siga naciendo en nuestras montañas / De nuestros sueños, de mi pueblo que cantaba / de los rostros, del amor / de todo me acordaré / Fui testigo, / ya no lo soy / estaba con los míos / y me echaron / Ya no sueño más / pero soñé.

Isabel — ¡Mario! ¡Se me arruga el corazón!

Mario — ¿Y de qué trata tu libro?

Isabel — Traté de entender quién soy, de dónde vengo. Me había integrado tan bien en Francia, que un día tuve la impresión de haber borrado todo lo mío. Empecé a escribir la historia de mi familia y mi propia historia y no pude parar.

Mario — Eso pasa con la escritura.

Isabel — Por fin puedo compartir con alguien lo que significa escribir. ¡Es extraordinario!

Mario — ¿Y qué fue lo que te trajo a Francia?

Isabel — Me enamoré de un francés.

Mario — (*Sacudiendo la cabeza.*) ¿Y cómo es que yo no te conocía?

Isabel — Cuando llegamos con *Patrick*, tratamos de conocer a los chilenos exiliados, pero nos fue mal. Desconfiaban de los chilenos que venían por otras razones que el exilio político.

Mario — ¿Y cómo pudiste acostumbrarte sin ver a chilenos?

Isabel — Me juntaba con compañeros de universidad que venían a estudiar, pero todos ellos ya se fueron.

Mario — ¿No sientes nostalgia?

Isabel — La melancolía yo la tenía ya en Chile mucho antes de partir. En cierto modo yo era una extranjera antes de nacer, o quizás a partir del día en que dejé Punta Arenas.

Mario — ¿Cómo eso de extranjera antes de nacer?

Isabel — En mi entorno de Punta Arenas, todos eran extranjeros de primera o segunda generación. La familia de mi madre era croata. Mi madre hablaba de «estos chilenos» como si nosotros no lo fuéramos... Y eso me dolía. Siempre me sentí un bicho raro.

Mario — ¿Y tu padre?

Isabel — El nació en Santiago, pero sus padres se conocieron en el barco. Venían de Rusia.

Mario — ¿Tus abuelos eran rusos?

Isabel — Es lo que decían en mi casa. A los trece años, me enteré de que eran judíos y que habían emigrado a causa de los *pogroms*.

Mario — Entiendo. Tus antepasados eran todos exiliados.

Isabel — No sé si soy de Chile. Soy de Punta Arenas.

Mario — Eres patagona y echas de menos al viento.

Isabel — La lejanía del viento austral alimenta nuestra nostalgia, Mario. Los hermanos de leche son alimentados por una misma nodriza. (*Cambiando de tono de voz, anuncia.*) Nosotros somos ... «Hermanos de viento».

Mario — ¡Sííí!

Isabel — (*Recitando.*) ¿Sientes esta brisa que nos acaricia? / Es el viento austral que nos viene a consolar / Su brisa es tenue porque viene de muy lejos / y está cansada de tanto viajar / Hermano de viento, no llores / aún es tiempo de esperar.

Mario escucha sorprendido.

Isabel — ¿Oyes esta música que nos arrulla? / Es la voz de nuestra tierra que nos viene a buscar / Su canto es tenue, porque viene de muy lejos / y nuestros hermanos están cansados de tanto llamar / Hermano de exilio, no llores / aún es tiempo de regresar.

Mario — *(Emocionado, se dobla en dos, llora, se va, regresa. A Isabel.)* ¡Hermana de viento! No eres exiliada de la dictadura, pero sí eres de los nuestros, siempre lo has sido. *(Abriéndole los brazos.)* El Chile del exilio y el Chile de la escritura te abren los brazos. *(Se abrazan.)*

La escena se oscurece muy lentamente, prolongando el abrazo. Se oye algunas acordes de Corazón de escarcha. Unos segundos de oscuridad total, durante los cuales Mario e Isabel se separan sin salir de la escena. Luz cenital sobre Isabel.

Isabel — *(A sí misma, emocionada.)* ¡Por fin lo sé! Aún más que el país del viento, mi país es el país de la escritura.

Pausa. La escena se ilumina y Mario reaparece.

Mario — *(Muy serio.)* Voy a regresar a vivir a Chile.

Isabel — *(Acongojada.)* ¡Nooo! ¡Pero si te acabo de conocer!

Mario — (*Muy serio.*) Es la culpa de tu poema. Tu poema dice que debo regresar. Y quiero estar allá para la conmemoración de los treinta años.

Isabel — ¿Y cómo sabrán los otros exiliados lo que tú entendiste de mí?

Mario — Yo les diré. Tu libro hará el resto. Te voy a presentar a mis amigos para que trabajes con ellos. Hay mucho por hacer.

La escena se oscurece. Mario e Isabel salen.

Cambio de luces.

MOSTRAR:

**2003: Publicación en Francia de
Tisseuse de Mémoires de la Patagonie aux Balkans,
de María London.**

MOSTRAR:

**2003: Encuentros de chilenos exiliados y de María London
con alumnos del liceo Pablo Neruda de Grenoble.**

La escena se oscurece lentamente.

Acto II



Escena 6 — Un pedido sorprendente

Mario, Isabel, Raúl.

MOSTRAR:

Septiembre 2005: Un pedido sorprendente

En casa de Mario, Raúl y Mario están sentados en torno a la misma la mesa de la Escena 3. Están mirando un texto impreso en hojas sueltas.

Alguien toca la campanilla.

Mario — *(Se para para ir a abrir. Abriendo los brazos, muy feliz.)* ¡María London! ¡Qué gusto verte!

Isabel — *(Respondiendo al abrazo.)* ¡Mario! ¡Qué bueno que puedas venir de vez en cuando a Francia!

Se separan. Pero se quedan en la entrada.

Isabel — ¿Qué cuentas? ¿Qué es de tu vida en Chile?

Mario — No he parado de escribir.

Isabel — ¡Fabuloso!

Mario — Y tú, ¿cómo estás? ¿Has escrito algo?

Isabel — Sí, mira. (*Pasándole un documento impreso.*) Una novela: *El libro de Carmen*. La estoy terminando.

Mario — ¡Una novela! ¡Guau! ¡Formidable! Pero lo conversamos después. Estoy con un amigo. Ven, entra.

Isabel sigue a Mario hasta la mesa donde se encuentra Raúl.

Mario — (*A Raúl.*) Isabel publicó un libro en Francia.

Raúl — (*A Isabel.*) ¿Verdad?

Isabel — Hola, soy Isabel. ¿Y tú?

Mario — (*A Isabel.*) Disculpa. Te presento a Raúl, es uruguayo.

Isabel — Encantada, Raúl.

Raúl — (*A Isabel.*) Encantado. ¿Verdad que vos escribís y que publicaste un libro?

Isabel — Sí, Raúl. ¿Por qué?

Raúl — Quizás me podás ayudar a encontrar un editor.

Isabel — (*A Raúl.*) ¿Un editor? (*Sonriendo, levantando los*

hombros, un gesto dando a entender que es imposible.) Puedo ayudarte a buscar, pero encontrar uno es sumamente difícil.

Mario — *(A Isabel.)* Cuando veas de qué se trata, vas a cambiar de opinión.

Isabel — *(A ambos.)* ¿De qué trata el libro?

Raúl — El padre de unos amigos míos hizo una edición privada en Uruguay de su testimonio de Treblinka, del campo de exterminio de Treblinka.

Isabel — *(Sobresalta.)* ¿De Treblinka?

Raúl — Sí. Chil Rajchman falleció el año pasado. Su mujer quería que el testimonio se publicara en Europa, pero ella también falleció y el proyecto quedó en nada. Los hijos me confiaron el texto.

Isabel — *(Impresionada, curiosa.)* ¿Tienes el libro?

Raúl — Tengo una traducción que hice al francés. Es lo que estábamos mirando con Mario. ¿Querés leerla?

Isabel — ¡Sí, por favor! Te la devuelvo mañana.

Raúl — Acá la tenés.

Mario — (*Emocionado, sacudiendo la cabeza.*) Otro libro increíble que pasa por mi casa antes de ser publicado.

La escena se oscurece.

Escena 7 — Treblinka

Isabel. Voz de Chil Rajchman.

Isabel está sola en su casa. De pie, con la traducción en sus manos.

Isabel — *(Al público.)* Raúl no puede imaginar lo que su perdido significa para mí. Él ignora que mi familia paterna es de origen judío. Me impresiona la idea de ser un eslabón, por ínfimo que sea, en la publicación de un testimonio de la *Shoah*. Es como si los dos millones de seres humanos exterminados en Treblinka contaran conmigo.

Isabel se sienta y lee en silencio durante unos segundos.

Isabel — *(Levantando la mirada.)* Tengo la impresión de oír su voz. Una voz con acento eslavo y el tono que corresponde a lo que dice: como con urgencia, con miedo a morir y a no poder terminar su testimonio.

Voz de Chil Rajchman — Los vagones continúan cerrados y no sabemos qué será de nosotros. Mi hermana me dice que tiene hambre, pero apenas tenemos comestibles; la imprevista partida me impidió comprar algunos víveres en nuestro pueblo. Lo mismo le sucede a Lubativ. Le explico a mi hermana que el viaje será largo y que debemos racionar nuestros alimentos. Ella asiente, dice que está bien, que no está hambrienta.⁶

⁶ Citas de *Un grito por la vida*, de Chil Rajchman. Ediciones de la Banda Oriental, 1997.

Isabel — (*Al público, triste.*) Dice que su hermana era hermosa, que tenía 19 años. (*Lee el manuscrito, da vuelta una página.*)

Voz de Chil Rajchman — Ayer, a estas horas, aún vivía mi hermana. (*Cambiando de tono.*) —«Y toda mi familia», me responde León. «Y mis parientes. Y otros doce mil judíos más».

Isabel — (*Al público, con una voz grave, de una tristeza absoluta.*) Las cámaras de gas los esperaban a la bajada del tren. (*Lee el manuscrito, da vuelta una página.*)

Voz de Chil Rajchman — Acostado, pienso en mi hermana... La privé de comer un pedazo de pan antes de que la llevaran y se fue hambrienta hacia su destino. ¿Me habrá disculpado?

Isabel — (*A sí misma.*) El relato es como un golpe. Directo, eficaz, brutal, sin una palabra de más, ni de menos. Lo leo en apnea, sin llorar. (*Da vuelta una página, lee el manuscrito.*)

Voz de Chil Rajchman — Un soldado alemán me castiga furiosamente y mana sangre de mi cabeza. A mi alrededor, me dicen que me agache y continúe mi labor sin abrir la boca, que me limpie rápidamente, pues quienes tienen marcas de golpe en el rostro son fusilados.

Isabel — *(Al público.)* Cada frase de este testimonio muestra la violencia absoluta del lugar. *(Da vuelta varias páginas, lee el manuscrito.)*

Voz de Chil Rajchman — Los trabajadores judíos que se ocupaban de la limpieza de los pozos, aprovechaban todas las oportunidades para dejar en ellos restos humanos.

Isabel — *(Al público.)* Antes de cerrar el campo de exterminio, los asesinos trataron de borrar hasta la última huella de sus crímenes. Querían transformar en cenizas las más ínfimas partículas de huesos. Un grupo de prisioneros organizó una revuelta. Hubo 57 sobrevivientes, entre los cuales estaba Chil Rajchman. *(Da vuelta varias páginas, lee el manuscrito.)*

Voz de Chil Rajchman — Sobreviví para poder contar cómo millones de seres humanos fueron sacrificados por brutales, execrables, innominables asesinos... *(Pausa.)* Sí, sobreviví. Sobreviví para testimoniar sobre el terrible matadero que fue Treblinka.

Isabel — *(Al público.)* La calidad de la primera traducción en francés era insuficiente para mostrarla. En enero del 2006, Raúl me envió una segunda traducción, excelente esta vez, que pude enviar a un conocido mío, especialista de la *Shoah*. Entre tanto, los hijos de Chil Rajchman buscaron y encontraron el texto original en *yiddish*. El libro fue publicado en el

año 2009⁷, traducido nuevamente al francés, en esta ocasión a partir de la versión original. Luego fue publicado en numerosas lenguas y hoy es considerado como un testimonio literario mayor de la *Shoah*.

Pausa larga, cambio de luz.

Isabel — (*A sí misma.*) Haber contribuido a la publicación de este libro fue algo extraordinario para mí. Era como si la vida me hubiese dicho que lo que yo hacía podía ser importante para todos. Ese día algo cambió en mi interior y empecé a atreverme a tomar ciertas iniciativas que nunca antes habría imaginado tomar.

La escena se oscurece lentamente.

⁷ *Je suis le dernier Juif*. Chil Rajchman. Les Arènes. 2009.

Escena 8 — El tiempo pasa

Isabel.

MOSTRAR:

15 de enero de 2006 en Grenoble:

Gran fiesta para celebrar triunfo de Michelle Bachelet

MOSTRAR:

17 de junio de 2006 en Grenoble:

Inauguración de la Plaza Salvador Allende

MOSTRAR:

2007: Publicación en Francia de

Le livre de Carmen

de María London

MOSTRAR:

2008: Publicación en Chile de

El libro de Carmen

de María London

MOSTRAR:

2008: Isabel lee

Una mujer en Villa Grimaldi

de Nubia Becker

Luz cenital sobre Isabel.

Isabel — El testimonio literario de Nubia Becker sobre la tortura en Villa Grimaldi merece ser traducido. Quise hacerlo, pero al final no sé por qué no lo hice. Debería figurar en las grandes bibliotecas junto a los testimonios de víctimas de crímenes de lesa humanidad. Una voz de mujer.

Pausa larga, cambio de luces.

MOSTRAR:

15 de enero 2009:

**Publicación en Francia de *Je suis le dernier Juif*
de Chil Rajchman**

MOSTRAR:

24 de marzo 2009:

**María London es invitada al primer
Festival de la Patagonia en Francia**

MOSTRAR:

**18 de diciembre 2009 en Grenoble: Tertulia sobre
la Patagonia y la historia trágica y desconocida de
los pueblos del fin del mundo**

La escena se oscurece lentamente.

Escena 9 — Escrituras

Isabel.

MOSTRAR:

2009: Escritura de la última página del libro

Cuatro entraron al Paraíso

Isabel — Mi parte de oscuridad era grande y demasiado densa como para aventurarme a una nueva búsqueda de absoluto sin exponerme a una caída aún peor que la primera. Lo sabía. Debía aprender a vivir en este mundo. Pareja, maternidad, trabajo, desarraigo. Cada día medí mi falta de sabiduría, mi inmadurez. Medí la distancia que existe entre las intenciones y la realidad. Entre las palabras y los actos. En mí y en otros.

Un día la escritura llegó. Se impuso por una pulsión interior, como una manera de poner las palabras al resguardo de las trampas.

No elegí mis libros.

Con el primero, me sumergí en las profundidades de mi familia. Quise entender de dónde venían mis temores, mis dudas. Recorrí cinco generaciones de lazos afectivos, desde mis bisabuelos hasta mis hijos. Y amé a todos esos seres lo mejor que pude. Una vez que el libro fue publicado, todos los desamores

de familia que mi escritura había develado se cristalizaron contra mí. Quisieron quemar mi libro: quemaron a la niña inmadura que habitaba en mí. Esto me hizo morir y renacer. Aprendí que había que sacrificar el sufrimiento, dejar atrás los lamentos.

Con mi segundo libro, me sumergí en el cuerpo y en el alma de las mujeres. Recorrí sus heridas, todas mis heridas y las quemé. Ahora puedo asumir con alegría mi pasado y sé lo que amar significa para una mujer.

Este es mi tercer libro. La idea no es la de contar algo. Es reencender el Fuego y quemar todo lo que aún queda por quemar

MOSTRAR:

2011: Publicación en Chile del libro
Cuatro entraron al Paraíso, de María London

MOSTRAR:

2012 : Publicación en Francia del libro
Le rêve et la chute, de María London

La escena se oscurece lentamente.

Acto III



Escena 10 — El Juez y el General

Isabel. Lector.

MOSTRAR:

2012: El Juez y el General

*Isabel está en su escritorio, donde hay
un computador sobre una mesa.*

Isabel — (*Al público, de pie en el primer plano.*) El documental *El Juez y el General*⁸ me impactó con fuerza. Lo descubrí por casualidad en un sitio de Internet, tratando de contactar a Juan Guzmán Tapia, el juez chileno que procesó a Pinochet, para invitarlo a un coloquio en Grenoble. El coloquio estaba organizado por el Museo de la Resistencia y de la Deportación del Isère, en colaboración con un colectivo de asociaciones relacionadas con América Latina, en el que yo participaba. No podía creer que nadie en las asociaciones del colectivo ni entre mis amigos chilenos supiera de este documental excepcional. Quise subtítularlo en francés para poder mostrarlo durante el coloquio. Logré comunicarme con los productores, quienes me autorizaron a hacerlo. No sabía cómo proceder. Pasé meses aprendiendo, mejorando la sincronización, cambiando de método, hasta lograr un subtítulado profesional. Me im-

⁸ *El Juez y el General*: documental de Elizabeth Farnsworth y Patricio Lanfranco, 2008. *West Wide Productions*.

pregné de cada escena, porque las vi cientos de veces, me impregné de cada voz, de cada testimonio, de cada personaje. El documental comienza con el funeral de Pinochet y con los comentarios del juez Juan Guzmán al escuchar a fanáticos del dictador gritando en la calle.

Si fuese posible, proyectar imágenes del documental El Juez y el General. Comenzar por la imagen del juez Juan Guzmán mirando la televisión después de la muerte de Pinochet. Ir proyectando al personaje de las réplicas del llamado Lector.

Lector — Gritos de la multitud: «¡Pinochet! ¡Pinochet! ¡Pinochet!... ¡Comunistas maricones, los mataron por huevones!».⁹

Isabel se sienta frente a su computador.

Isabel — *(Escribiendo en el teclado y mirando la pantalla.)*
Communistes, pédés, ils ont tué vos proches, tous des enculés !

Lector — Habla el juez Juan Guzmán: «Pensé que el odio en Chile había terminado, pero veo las mismas caras que vi en los años Setenta, cuando nació la dictadura militar».

Isabel escribe en el teclado durante unos tres segundos.

9 En esta escena, Lector lee citas del *El Juez y el General*. Se podrían utilizar las voces del documental, pero el juez Juan Guzmán habla en inglés en esta parte del documental.

Lector — Gritos de la multitud: «Y no cayó y no cayó y el Señor se lo llevó. Y no lo condenaron...».

Isabel escribe en el teclado durante unos dos segundos.

Lector — Habla el juez Juan Guzmán: «Es increíble. No dicen que es inocente, dicen: ‘No lo condenaron, ¡Nunca fue condenado!, ¡Nunca lo atraparon!’ (*Con tristeza.*) No han aprendido nada. No les importa lo que hizo».

Isabel — (*Repitiendo al escribir en su ordenador.*) «No han aprendido nada»: Ils n’ont rien appris. «No les importa lo que hizo»: Ce qu’il a fait ne leur importe pas.

Lector — Habla la periodista Mónica González: «Cuando nombran al juez Guzmán, yo fui una de las primeras personas que llamó a declarar porque nosotros publicamos una casete con la historia del año 1973 en sonido».

Isabel — (*Repitiendo mientras escribe con el teclado.*) «Un casete con la historia del año 1973 en sonido»: Une cassette avec l’histoire de mille neuf cents soixante-treize.

Lector — Habla la periodista Mónica González: «Me citó a declarar junto a otras personas para saber de dónde habíamos sacado esos pedazos, esos trozos. Si eran verdaderos o no...».

Isabel — (*Repitiendo al escribir.*) S'ils étaient authentiques ou pas...

Lector — Habla la periodista Mónica González: «Y el resto fue: 'a ver, señora, yo necesito que usted me aclare algunas cosas', y, ya fuera de declaración, empezar a preguntarme sobre los juicios y yo darme cuenta de que él de verdad no sabía casi nada».

Isabel — (*Al público.*) Muchos no sabían nada. En Chile la gente de ciertos barrios vive en círculos cerrados, hablan entre ellos, leen la prensa oficial. No tienen la más remota idea de lo que sucede fuera de esos círculos. Y no quieren saberlo. No están conscientes de nada. (*Mirando nuevamente la pantalla y escribiendo.*) Et j'ai réalisé qu'il ne savait pratiquement rien du tout.

Lector — Habla el abogado Eduardo Contreras: «En la segunda entrevista, el Juez Guzmán ya era otro ser humano. Y me dijo: 'Eduardo, lo que usted decía en su querella es poco, los crímenes fueron todavía peores'».

Isabel — (*Escribiendo en el teclado.*) Eduardo, ce que vous disiez dans votre plainte est peu, les crimes ont été encore pires.

Lector — Habla el juez Juan Guzmán: «Escuchar a la gente decirme cómo sus familiares habían sido sacados violentamente de su hogar, cómo los tribunales no respondían a los

recursos de amparo, me hizo reconocer lo ciego que había estado. Yo diría que esto abrió los ojos de mi alma».

Isabel — (*Emocionada, mirando al público.*) «Yo diría que esto abrió los ojos de mi alma». (*Escribiendo con el teclado.*) Je dirais que cela ouvrit les yeux de mon âme.

Lector — Habla la abogada Carmen Hertz: «Lo más terrible era asomarse por las ventanas de la Vicaría hacia la Plaza de Armas y ver cómo la sociedad seguía un curso aparentemente normal. Y en las noches en estos centros, o en el día, por supuesto también, se vivía el infierno».

Isabel — (*Escribiendo en el teclado, con un gesto de escalofrío.*) Et pendant les nuits dans ces centres, et les jours aussi, bien sûr, la vie était un enfer.

Lector — Voz de Pinochet: «¡No hay campos de concentración!, sino lugares de detención. ¿Y los fusilamientos? Hace bastante que no se llevan a cabo fusilamientos. Porque después del 11 hubo fusilamientos, ¡Ajusticiamientos! Pero ya pasó eso».

Isabel — (*Escribiendo con el teclado.*) Des exécutions! Mais c'est du passé.

Lector — Habla Osvaldo Romo: «Siempre yo conversaba:

‘Mira: tú igual me vas a entregar lo que yo quiero. Porque vamos a llegar a un momento en que no vamos a conversar como estamos. Vamos a conversar de otra manera. Yo tengo métodos para podértelos aplicar y tú sabes que ese método está. Si hay un método, hay maneras».

Isabel escribe en el teclado. Deja pasar unos tres segundos.

Lector — Habla Osvaldo Romo: «¡Tú estudias inteligencia no para comprar papas en la vega! Tú estudias inteligencia para desarrollar la cabeza. ¡La inteligencia es la ciencia y la arte!».

Isabel — (*Repitiendo, horrorizada.*) «¡La inteligencia es la ciencia y la arte!» (*Al público.*) Eso no lo inventó él. Alguien le metió esas palabras en el cráneo y ese tipo asqueroso y enfermo mental estaba convencido de que «él» era inteligente. (*Escribiendo en el teclado.*) Le renseignement, c’est de la science et de l’art.

Lector — Habla el juez Juan Guzmán: «Intenté saber qué había pasado en los centros de tortura. Tomé allí declaraciones de cientos de personas. Estas personas no eran terroristas. Eran empleados públicos y militantes de partidos políticos del gobierno de Allende. Eso es todo lo que sé. Nadie puede entender las razones por las cuales fueron asesinados».

Isabel — (*Escribiendo con el teclado.*) Personne ne peut comprendre les raisons de leurs assassinats.

Lector — Habla el juez Juan Guzmán: «Estoy feliz de haber sido designado juez en este caso, de haber sufrido con los que sufrieron, y de haberme convertido en uno más de ellos y no ser más uno que los observa desde un estado o una posición más alta».

Isabel — (*Girando la silla y luego mirando al público.*) Yo no fui designada para nada, pero de repente me di cuenta de que también había atravesado un muro invisible. Ya no miraba la historia de la dictadura desde el exterior. Tomé conciencia de que la distancia que me separaba mentalmente de los chilenos exiliados había desaparecido por completo. Me sentí amiga de cada protagonista del documental, de cada familia de desaparecidos, de cada víctima. Sin nunca haber pertenecido a las élites de Chile, entendí mucho de la sociedad chilena al escuchar al juez Juan Guzmán. Admiré su coraje y el respeto real que mostraba por cada testigo. Yo conocía de memoria las réplicas de los protagonistas, los entendía, compartía la necesidad de justicia y de no olvidar. Pude observar los gestos de suficiencia y el sentimiento de superioridad de Manuel Contreras. Las palabras espantosas de Osvaldo Romo se quedaron grabadas en mi mente. Más tarde conocí en persona a Roberto Garretón, un gran abogado de la Vicaría de la Solidaridad, y al juez Juan Guzmán y su esposa. Los tres me hicieron el honor de brindarme su amistad.

En el año 2013, la ciudad de Grenoble, el Museo de la Resistencia y las asociaciones militantes de Derechos Huma-

nos organizaron manifestaciones en conmemoración por los cuarenta años del golpe de Estado en Chile. Varias personalidades chilenas fueron invitadas, entre ellas, el juez Juan Guzmán. Participé activamente en todo lo que pude. No pensaba ir más allá, pero terminé haciéndolo a través de la escritura.

La escena se oscurece lentamente.

Escena 11 — El Despertar de los Cuervos

Blanca, Isabel.

MOSTRAR:

2014: *El Despertar de los Cuervos*

Isabel y Blanca están sentadas en casa de Isabel.

Blanca — Estoy contenta de todo lo que hicimos el año pasado para los cuarenta años.

Isabel — Yo también, Blanca. Es terrible lo que pasó en Chile. A tu familia le tocó muy dura la cosa. ¿Cierto?

Blanca — Sí. (*Pausa.*) Tienes que leer el último libro de Javier Rebolledo.

Isabel — ¿De qué trata?

Blanca — Habla de los inicios de la DINA en Chile.

Isabel — ¿Es decir?

Blanca — De la escuela de tortura que funcionó en Tejas Verdes, en San Antonio.

Isabel — ¿Una escuela de tortura?

Blanca — Sí. En San Antonio.

Isabel — ¡Tú eres de San Antonio!

Blanca — Por eso sé que Javier Rebolledo escribió este libro.

Isabel — ¿Una escuela de tortura? No puede ser.

Blanca — Sí, cuesta creerlo. Allí fue que ese concha de su madre de Manuel Contreras formó a cientos de torturadores.

Isabel — No sabía que había escuelas de tortura.

Blanca — ¿Y no sabes de la Escuela de las Américas en Panamá?

Isabel — Me refería a Chile. Por supuesto que he escuchado hablar de la Escuela de las Américas.

Blanca — Allí era donde los gringos formaban a la plana mayor de las fuerzas armadas de todos los países de América Latina. Contreras no inventó nada. Pero quiso tener su propia escuela de tortura en Chile.

Isabel — ¡Qué horror!

Blanca — ¡Una pesadilla!

Isabel — Es una coincidencia. Acabo de leer un libro de una filósofa francesa sobre la enseñanza de la tortura... Escribió su libro a partir de lo que hicieron los nazis.

Blanca — Los torturadores de Chile no tienen nada que envidiarles a los nazis.

Isabel — Tienes razón. He leído todo lo que ha caído en mis manos sobre la dictadura, pero me cuesta entender cómo pudieron llegar a ese grado del horror.

Blanca — Tienes que leer *El despertar de los cuervos*.

Isabel — Sé que Tejas Verdes fue uno de los peores centros de detención.

Blanca — Eso se refiere al Campo de Prisioneros N°2, al interior de la Escuela de Ingenieros Militares Tejas Verdes. Y que fue cerrado por el general Bonilla, que era el superior de Contreras. Varias amigas mías y un hermano mío estuvieron allí.

Isabel — Conocí a Bonilla de niña. Estuvo un tiempo en Iquique. Fui a un cumpleaños de una hija suya. Yo sé que cuando Bonilla visitó ese campo, se espantó de lo que vio allí y ordenó cerrarlo.

Blanca — Así es. Pero poca gente sabe del segundo campo de detención, uno clandestino, del que incluso Bonilla ignoraba la existencia y del que casi no hay sobrevivientes.

Isabel — Eso no lo sabía.

Blanca — Y nosotros no sabíamos dónde estaba mi hermano la segunda vez que lo detuvieron.

Isabel — ¡Qué angustia!

Blanca — Estuvo muchas semanas desaparecido. Después supimos que estaba en las cabañas del balneario popular que Allende había hecho construir para los trabajadores en la playa norte de Rocas de Santo Domingo: la playa Marbella. Allí funcionó la escuela de tortura cuando cerraron el campo N°2 de Tejas Verdes.

Isabel — ¿Un centro de torturas en un balneario?

Blanca — Sí. Contreras se apropió del lugar. Parte de las cabañas sirvieron para las vacaciones de los militares con sus familias, parte para alojar a los alumnos de la Escuela de tortura... (*Lentamente.*) Y parte para tener a las víctimas que les servían de conejillos de indias en las clases.

Isabel — Igual que los nazis, salvo que sucedió en nuestro país.

Blanca — Recién ahora, con el libro de Javier, esto empieza a saberse.

Isabel — ¡Tengo que leerlo! ¿Lo tienes?

Blanca — Sí, te lo traje. Sabía que lo ibas a querer. (*Sacando un ejemplar de su bolso, se lo da a Isabel.*) Acá lo tienes.

Isabel — ¡Muchas gracias, Blanca! ¡Gracias!

Blanca — El hermano mío que tú conoces y una de mis amigas están entre los nueve o diez sobrevivientes de ese lugar.

Isabel — ¡Blanquita! (*Alarmada.*)

Blanca — Así es.

La escena se oscurece bruscamente.



Escena 12 — Falta algo

Patrick, Isabel.

MOSTRAR:

Falta algo

Isabel, vestida de manera diferente a la escena precedente, está instalada en el salón de su casa mirando el libro.

Patrick — *(Entrando al salón.)* ¿Terminaste de leer el libro de Blanca?

Isabel — Sí. Estoy releendo unos pasajes.

Patrick — ¿Interesante?

Isabel — Impresionante. Javier Rebolledo, el periodista, hizo un trabajo de investigación extraordinario. No sé de dónde sacó el coraje para atreverse a escribirlo y publicarlo.

Patrick — *(Algo impaciente.)* ¿De qué trata el libro?

Isabel — Cuenta en detalle la historia de la escuela de tortura que funcionó en Tejas Verdes. Habla de los victimarios civiles y militares, con nombres, apellidos, fotos y fechas.

También están los testimonios de varias víctimas. Y entre ellos, los de dos amigas de Blanca. ¡Horroroso!

Patrick — (*Sentándose.*) Valiente el periodista. ¿Y qué fue lo que más te impactó?

Isabel — El testimonio de una de las amigas de Blanca. Una chica de quince años.

Patrick — ¿De quince años?

Isabel — Creo que sí, o dieciséis. Además, Blanca me habló del carácter de esa niña. Tengo la impresión de conocerla, de ver el mundo con sus ojos. No sé cómo pudo resistir a todo lo que le hicieron. Tengo la impresión de haber estado allí.

Patrick — Y yo no sé cómo puedes leer algo así.

Isabel — ¿Cómo puedes decir eso? Leerlo no es nada al lado de haberlo vivido.

Patrick — Es evidente. Pero igual es duro leer sobre la tortura.

Isabel — En el libro, todo está documentado, cada caso tiene referencias jurídicas, es un libro muy completo. Pero...

Patrick — ¿Pero?

Isabel — Pero falta algo...

Patrick — ¿Qué es lo que falta?

Isabel — Informaciones a las que ningún periodista de investigación, por bueno que sea, puede acceder.

Patrick — ¿Es decir?

Isabel — El punto de vista de los victimarios.

Patrick — ¡Sueñas! Eso no lo encontrarás en ninguna parte.

Isabel — Casi todos los libros sobre la dictadura hablan de las víctimas, denuncian a los responsables, piden justicia. Ese tipo de libros son importantes para la memoria, la justicia y para hacer emerger la verdad, pero no son suficientes para entender cómo y por qué la dictadura fue tan lejos en el horror. No ayudan a impedir que algo semejante vuelva a suceder.

Patrick — Eso no es el trabajo de los periodistas. Son más bien los filósofos o los psicólogos quienes deberían escribir sobre esos temas.

Isabel — Lo sé. Pero me quedé con muchas preguntas importantes después de leer el libro.

Patrick — ¿Qué tipo de preguntas?

Isabel — Por ejemplo: ¿Cómo reaccionaban los jóvenes militares cuando llegaban a ese infierno?

Patrick — Habría que preguntarles a ellos.

Isabel — Justamente: no responderían. En el libro, el único testimonio de un joven militar es el de un aspirante a oficial de diecinueve años que dice que se las ingenió para trabajar de chofer o algo así.

Patrick — Es decir, dio su testimonio para decir que él no participó en la tortura.

Isabel — Exactamente. Pero ¿qué pasó con los otros? Estoy segura de que muchos no querían hacerlo.

Patrick — Es muy probable. Y que otros sí querían.

Isabel — Quizás nada los predisponía a transformarse en monstruos.

Patrick — Entre el miedo a desobedecer y el efecto de grupo es difícil oponerse en esas situaciones. Pasó lo mismo durante la guerra de Argelia.

Isabel — Lo sé.

Patrick — Y en Guantánamo, en Siria o en China, aunque los contextos no sean los mismos. La tortura no es algo del pasado.

Isabel — Me gustaría leer algo que muestre cómo y por qué los seres humanos podemos transformarnos bruscamente en unas horrorosas máquinas criminales, sin darnos ni cuenta.

Patrick — (*Casi enojado.*) ¿Piensas de verdad que tú o yo podríamos transformarnos en unas horrorosas máquinas criminales casi sin darnos cuenta?

Isabel — No sé. Quizás por el miedo.

Patrick — ¡Exageras!

Isabel — No sé. Germaine Tillion, que estuvo deportada en Ravensbrück, contaba que cuando las mujeres Kapo llegaban, estaban horrorizadas de la violencia que veían allí, sentían compasión, pero que dos días después eran igual de crueles que el resto.

Patrick — Verdad. Pero ningún represor va a decir cuándo y cómo pasó al otro lado.

Isabel — No. Pero uno lo puede imaginar... (*Cerrando los ojos.*) Veo a un grupo de jóvenes, cada uno con una personalidad muy diferente, llegando al lugar de las torturas, confrontados todos a la misma situación, y trato de adivinar la reacción de cada cual. (*A Patrick.*) Mario me contó que el carabinero que lo torturaba lloraba al hacerlo, seguramente obligado por sus superiores a torturar. Supongo que esta situación se produjo muchas veces, incluso en Tejas Verdes.

Patrick — ¿Y tienes otras ideas como esa?

Isabel — ¡Muchas! Uno puede imaginar el discurso de los jefes, el lenguaje de los instructores o la doble vida de los represores: ¿qué sabían sus familias de su trabajo?

Patrick — Los que participaron en la guerra de Argelia nunca hablaban de lo que les tocó.

Isabel — Pero las familias debían tener sus dudas.

Patrick — Algunos comenzaron a hablar, pero muchos años después.

Isabel — ¿Y cómo se veían o se ven los victimarios a sí mismos?

Patrick — Pinochet dice en el documental que se veía a sí mismo como un ángel.

Isabel — Es lo que él decía. Alucinante. (*Pausa.*) ¡Se me ocurre algo!

Patrick — (*Suspirando, temiendo lo peor.*) ¿En qué estás pensando?

Isabel — En escribir una novela que corresponda a lo que me gustaría leer.

Patrick — (*Expresando incredulidad.*) ¿Tú?

Isabel — ¿Y por qué no?

Patrick — (*Preocupado.*) ¡Son palabras mayores!

Isabel — ¡Evidente! Sería mejor que un gran escritor aborde el tema.

Patrick — (*Aliviado.*) ¡Sí, claro!

Isabel — (*Riendo.*) ¡Yo también lo pienso! (*Entusiasmada, desafiándolo gentilmente.*) Pero ningún escritor de peso lo ha hecho...

Patrick — No es un tema para ti.

Isabel — (*Con cara de ángel.*) ¿Por qué?

Patrick — ¡Eres mujer! ¡Es un mundo de hombres!

Isabel — No digas tonteras. La mujer es un ser humano como los otros. Y había mujeres tanto entre los victimarios como entre las víctimas.

Patrick — Es un mundo de militares, no conoces nada de eso.

Isabel — Eso tampoco es un buen argumento. Los autores de novelas policiales no son criminales y escriben sobre criminales. Y de niña tuve amigas que eran hijas de militares, conocí a sus familias, a sus hermanos cadetes, sus maneras de vivir y pensar.

Patrick — Pero es diferente.

Isabel — ¿Por qué?

Patrick — Porque...

Isabel — (*Interrumpiéndolo.*) Y todos tenemos grabadas en la mente la voz de Pinochet y lo que decía. Y lo que vi de Manuel Contreras en el documental me basta y me sobra para hacer hablar un personaje como él en una novela. Un ser imbuido de su persona, arrogante, orgulloso de sus crímenes. Por ese lado, no hay problemas. Tendría, sí, que trabajar su personaje, inventarle una infancia, influencias, relaciones con empresarios, no sé, imaginar una historia de vida plausible que pueda explicar en lo que se transformó.

Patrick — Puede ser. Pero te veo mal escribiendo sobre el tema.

Isabel — A mí me parece un buen desafío. La literatura sirve para eso. ¿No?

Patrick — Te vas a meter en una camisa de once varas.

Isabel — Depende. No voy a escribir un libro de historia. Voy a cambiar los nombres. En vez de poner Tejas Verdes, puedo poner otra cosa, por ejemplo, Piedras Blancas.

Patrick — No me refería a eso. Escribir desde el punto de vista de los asesinos te puede llevar a identificarte a ellos, a hacer que el lector se identifique con ellos. Son arenas movedizas.

Isabel — Tendré que parar en el punto justo, sin pasar al otro lado. No quiero hacer como Jonathan Littell en *Las Benévolas*. Ese libro deja muy mal, no logré terminarlo.

Patrick — Será difícil lograr lo que quieres.

Isabel — ¿Y?

Patrick — ¡Ayayay! Veo que estás decidida a escribir.

La escena se oscurece brevemente.

MOSTRAR:

2016: Publicación en Chile
de *Piedras Blancas*, de María London

MOSTRAR:

2018: Publicación en Francia
de *Piedras Blanca, les tortionnaires du dictateur*,
de María Isabel Mordojovich

MOSTRAR:

2019: Publicación en Chile y en Francia
de *Los Cuervos de Piedras Blancas*,
adaptación teatral de *Piedras Blancas*, de
Mario Paul Ahues Blanchait y María Isabel Mordojovich

La escena se oscurece.

Escena 13 — Piedras Blancas

Victimario, Niña.

MOSTRAR:

2016: Piedras Blancas

Victimario se encuentra en la penumbra y, a medida que habla, la luz se intensifica.

Victimario — *(A sí mismo, con sentimiento de culpabilidad.)* Jamás imaginé que algún día iba a dar curso a mis peores instintos. Creía que actuar de esa manera no era parte de mi naturaleza. *(Una luz fuerte sobre su rostro lo enceguece.)* Me equivocaba. *(Enojado, avergonzado.)* Entendí demasiado tarde que muchos de los principios de nuestra sociedad están allí para protegernos de nosotros mismos. De nuestra parte animal. *(Pausa, cambio a un todo acusador.)* Pero mis instructores... ¡Ellos sí que lo sabían! ¡Y lo sabían muy bien!

Victimario comienza a salir de la escena, pero Niña entra y lo hace retroceder, obligándolo a escucharla. Mientras Niña habla, Victimario cae al suelo y trata de ocultar su rostro con un brazo.

Niña — *(Al público.)* Dolor, dolor, incompreensión. Le hacen daño a mi cuerpo, pero la pureza de mi alma de niña es más

fuerte que todo el mal que me puedan hacer. «Aún no he vivido, aún soy una niña», les digo. (*Mirando a Victimario.*) «¡Váyanse al infierno!», les digo. «Cobardes, son cobardes y lo saben», les digo. Se divierten conmigo, pero no se pueden mentir a sí mismos. (*Alternando a sí misma y al público, sin volver a mirar a Victimario.*) Con otras podrán inventar lo que quieran, con otras podrán creerse los cuentos que se cuentan, que son putas, que ellas los provocaron. Pero a mí... ¿qué me pueden decir? ¡Pura! Solo pura me pueden decir. Asquerosos, manosean mi cuerpo entero, me amarran desnuda. Me introducen cosas en la boca, me introducen algo por la vagina. Me duele atrocemente. Ellos se ríen. (*Mirando a Victimario.*) ¡Cobardes! (*A sí misma.*) Una descarga eléctrica me quema por dentro, me arqueo, el dolor atroz me atraviesa de abajo arriba, desde la entrepierna hasta la boca. Se ríen. De puros nervios será. ¿Tendrán hermanas, hijas, madres? Vergüenza por ellos tengo, por lo que llaman «patria». Cobardes que golpean a las mujeres, como mi padre golpeaba a mi madre, hombres que desean dominarlas y les temen. Perdí la cuenta de las veces que me llevaron a la tortura. Fue, creo, durante la tercera vez que me dieron un brebaje. Cuando desperté todo el cuerpo me dolía, la entrepierna, la boca, el ano, todo era llaga y mi piel estaba asquerosa, pegajosa de sangre, de sudores ajenos y de otras sustancias extrañas e inmundas que no provenían de mi cuerpo. El sentimiento de suciedad me invadió y la desolación que ello me produjo fue aún peor que el dolor proveniente de mi cuerpo, que era infinito. (*Al público.*) Poco a

poco fueron destrozando todo lo que tenía y todo lo que era. Sólo me quedaba el orgullo de saber que conmigo no podían mentirse a ellos mismos. Esto hizo nacer algo nuevo en mi interior, que se hacía cada día más fuerte. Abusaban de mí, pero yo sabía que lo que hacían se daba vuelta contra ellos. Las veces siguientes me violaron sin ningún brebaje; lo hacían unos después de otros, hasta que perdía el conocimiento, pero sabía mejor que ellos, que yo era como un espejo... Se veían como eran, y esto los espantaba.

Dos o tres segundos de luz violenta sobre Victimario.

La escena se oscurece bruscamente.

— **Telón** —



Posfacio de la autora

Vivo en Grenoble, Francia, desde el año 1976. Cada día conozco a menos gente en mi país y cada día hay menos gente allá que sabe de mi existencia. Además, hasta el año 2016, publiqué mis escritos bajo el nombre de pluma de María London. A pesar de los excelentes presentadores y de todos los esfuerzos de María Eugenia Lorenzini, editora de *Forja*, llegaron menos de diez personas al lanzamiento de *El Libro de Carmen*¹ durante la FILSA 2008. Esa fue la única presentación que se hizo en Chile de dicha obra.

Para *Piedras Blancas*², novela sobre la escuela de tortura que funcionó en Tejas Verdes, fue diferente porque conté con el apoyo inestimable y maravilloso del juez Juan Guzmán. Fue gracias a su apoyo y a su amistad con Berta Concha, de *Liberalia Ediciones*, que el libro gozó de un bello lanzamiento con numerosos asistentes en la librería del GAM. El texto de presentación del juez Juan Guzmán —que aparecerá en la segunda edición de *Piedras Blancas*— fue leído por Pedro Sánchez, antiguo locutor de radios Chilena y Beethoven, ya que el juez se encontraba en Suecia recibiendo el premio *Edelstam* de Derechos Humanos. El resto de la presentación estuvo a cargo de la destacada periodista cultural Vivian Lavín y por

1 *El Libro de Carmen*, María London, Editorial Forja, 2008.

2 *Piedras Blancas*, María London, Editorial Forja, 2016.

supuesto de María Eugenia Lorenzini. Entre los presentes llegó de sorpresa Patricio Lanfranco, realizador del documental *El Juez y el General*, que yo había subtitulado en francés en el año 2012. Este trabajo marcó el inicio de mi amistad con el magistrado y significó todo un enriquecimiento de mis lazos con Chile.

El libro tuvo algunas reseñas en Chile, entre las cuales destaca «La historia de la tortura», de José Promis, en la *Revista Los Libros* de El Mercurio, donde el mismo crítico había publicado años atrás la reseña «La justicia de las palabras» sobre mi novela *El libro de Carmen*. Pero ni la presentación en la librería del GAM ni esa reseña lograron sacar a *Piedras Blancas* de la confidencialidad en mi país.

La versión en francés de *Piedras Blancas*, publicada en marzo 2018, tuvo más suerte. Se benefició de varias reseñas, incluso de una publicada en el diario *El Watan* de Argelia. Durante el año 2018, la presenté en numerosas ocasiones en Grenoble y otros lugares. Fui invitada a participar en el festival *Belles Latinas* de Lyon, lo que le dio una buena visibilidad al libro, y a presentarme en la *Maison de l'Amérique Latine* de París, invitada por la Asociación de ex Prisioneros Políticos Chilenos en Francia (AEXPPCHFR).

A fines de 2018, aprovechando un viaje a Chile, pude organizar una tertulia sobre *Piedras Blancas* animada por Manuel Silva Acevedo, Premio Nacional de Literatura 2016, y por Roberto Rivera, presidente entonces de la SECH (soy miembro de la Sociedad de Escritores de Chile desde el año

2003 y de la Corporación Letras de Chile desde el 2017). El encuentro tuvo lugar en la Casa del Escritor el 18 de noviembre y coincidió con la marcha multitudinaria que siguió al asesinato de Camilo Catrillanca.

La tertulia resultó completamente surrealista, con gente que corría por la calle Simpson y los gases lacrimógenos que se filtraban por las ventanas. Sólo un puñado de personas logró asistir, entre las cuales estaba Roberto Garretón —el gran abogado de la Vicaría de la Solidaridad—; Mario Labrín, amigo exiliado retornado y personaje de *Isabel / Hija del viento*; y naturalmente la editora María Eugenia Lorenzini.

Lo inesperado comenzó después, en Francia. Un colega y amigo de Ingeniería Matemática de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, y residente en la ciudad francesa de Saint Etienne, Mario Paul Ahues Blanchait (con quien no me comunicaba desde hacía treinta años), leyó la novela y quedó impactado, proponiéndome hacer juntos una adaptación teatral, ya que él es dramaturgo. No lo pensé dos veces. Fue un trabajo intenso y riguroso que duró meses. Fue tan intenso, que ni pensé en hacer otras presentaciones de la novela.

El libreto *Los cuervos de Piedras Blancas* fue publicado en Chile por Simplemente Editores en octubre 2019, al mismo tiempo que la edición francesa. Una compañía profesional de teatro de Grenoble se interesó de inmediato en llevar *Piedras Blancas* a la escena. El proyecto se paralizó por la pandemia, pero la idea de representar la obra en Francia en 2023, para

la conmemoración de los 50 años de la dictadura, se impuso más tarde. El Teatro Municipal de Grenoble apoya el proyecto. En paralelo, Mario Paul Ahues Blanchait llevará la obra a la escena bajo su dirección con una compañía de artistas semi profesionales, creada especialmente para esta ocasión en la comuna de Unieux, cerca de Saint Etienne, con apoyo de la municipalidad.

En Chile, Felipe de la Parra Vial (poeta, periodista e hijo de Edmundo de la Parra, fundador del Teatro Experimental) leyó la novela y su adaptación teatral. Quedó impresionado y convencido de la necesidad de que la obra sea representada cuanto antes en Chile y por un gran elenco.

Los libros son como hijos y no basta con parirlos. Hay que tratar de acompañarlos hasta que caminen solos. La inadecuación entre lo confidencial que sigue siendo *Piedras Blancas* en Chile y la reacción fuerte de muchos de sus lectores, me dice que aún no he terminado mi trabajo.

Esto me incitó a proponerle a María Eugenia Lorenzini, de *Editorial Forja*, que haga una segunda edición de la novela *Piedras Blancas*, esta vez con mi nombre, y a decidirme a publicar esta pequeña obra, *Isabel / Hija del viento*.

Aunque ello no bastará para quedarme tranquila. Creo que sólo el día en que la obra *Los cuervos de Piedras Blancas* sea representada en Chile, podré cerrar el ciclo.

María Isabel Mordojovich
Grenoble, mayo 2022





Índice

Matrioshka fractal (Prólogo)	9
Los personajes (por orden de aparición).....	15
Itinerario de la obra.....	17
Preámbulo para un poeta	19
Acto I	23
Escena 1 — Patrick.....	25
Escena 2 — Despedida	31
Escena 3 — Grenoble.....	35
Escena 4 — Coloane.....	41
Escena 5 — Hermano de Viento	45
Acto II	53
Escena 6 — Un pedido sorprendente	55
Escena 7 — Treblinka.....	59
Escena 8 — El tiempo pasa	63
Escena 9 — Escrituras	65
Acto III	67
Escena 10 — El Juez y el General.....	69
Escena 11 — El despertar de los cuervos	77
Escena 12 — Falta algo.....	83
Escena 13 — Piedras Blancas.....	93
Posfacio de la autora	97





ESTE LIBRO FUE CORREGIDO Y DISEÑADO EN LA COMUNA DE LA FLORIDA, SANTIAGO DE CHILE, A UN PALMO DE LA CORDILLERA DE LOS ANDES. CUENTA CON TIPOGRAFÍA ADOBE GARAMOND PRO Y FUE DIAGRAMADO CON EL PROGRAMA INDESIGN CC.

¿Por qué voy a escribir sobre la escuela de tortura de Tejas Verdes? —se pregunta la autora, María Isabel Mordojovich— ¿Por qué tengo la impresión de que los individuos que operaban en ese horror habían sido antes seres humanos calificados de normales? ¿Habría sido capaz de torturar yo también? ¿Surgen los monstruos en las sociedades ordinarias o son engendradas por los sistemas de la sociedad de una época?

El año 2023 marcará el cincuentenario del golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende en Chile. Fue con vistas de llevar a la escena *Los cuervos de Piedras Blancas*, adaptación teatral coescrita con Mario Paul Ahues Blanchait de su novela *Piedras Blancas*, que Felipe de la Parra Vial le sugirió a María Isabel Mordojovich que explique el camino que la llevó a escribir la historia de la tortura en Chile. Así lo dice en el *Prólogo* del presente libro:

«Le confesé que necesitaba que me ayudara a encontrar la pieza que me faltaba para explicar el arrojé de su verdad, más aún, si ella no venía del mundo militante de los Sesenta y Setenta. Y me respondió con *Isabel / Hija del viento*. Una cadena de vida, autobiográfica, deconstruida. Una historia contada en primera voz. Un testimonio del frío y de la humanidad. Una obra que habla de una migrante atrapada en su destino. Donde Punta Arenas tenía domicilio en Grenoble. Donde se acababa el mundo y se iniciaba el mundo. [...] *Isabel / Hija del viento* se aparece una y otra vez con el hacer de la palabra bien dicha. Vuelve a sus raíces. No necesita ningún efecto especial. Isabel lleva los mismos letreros de Bertolt Brecht en el *Volksbühne*, convencida de que el auditorio se hará preguntas durante la escena».